

El VII Congreso Mundial de Cardiología

El primer Congreso Mundial de Cardiología se celebró en París en 1950. Fue su Presidente el Profesor Charles Laubry, uno de los apóstoles de la cardiología.

La intención era reunir al mayor número de especialistas de distintos lugares del mundo para conocer sus experiencias clínicas y sus investigaciones. Se anhelaba aprovechar el conocimiento de cada uno para que en el esfuerzo mancomunado, las tareas individuales se sumasen para lograr mejor y en menos tiempo las aspiraciones comunes.

Ese objetivo fue logrado, y el espíritu que lo generó sigue imperando hasta el presente, y tendrá mayor vigencia en el devenir.

Durante el mencionado Congreso de París se aprobaron los Estatutos de la Sociedad Internacional de Cardiología. La entidad que nacía se proponía los siguientes objetivos: 1º) Fomentar el progreso de la cardiología en sus distintos aspectos: aplicación, enseñanza e investigación, prevención de las afecciones cardiovasculares, ayuda a los cardiólogos y a los cardíacos; 2º) Favorecer el intercambio científico así como la cooperación técnica y material entre las sociedades de cardiología afiliadas; 3º) Contribuir al perfeccionamiento científico de sus miembros y al mantenimiento de las normas morales en el ejercicio de la especialidad; 4º) Organizar o patrocinar cursos, conferencias, publicaciones y otros actos que se estimaren necesarios para la realización de los fines anteriormente señalados; 5º) Organizar con esos fines, y cada cuatro años, congresos mundiales de cardiología.

El primer Comité Ejecutivo lo presidió el Profesor Laubry, y lo integró como Secretario Adjunto el Profesor Pedro Cossio.

Uno de los fines de la Sociedad es la enseñanza. Y no cabe duda que los congresos internacionales cumplen primariamente una función docente dirigida a los graduados.

En su gran mayoría, los que se inscriben en un congreso lo hacen para conocer los últimos adelantos y elaborar, sobre temas en controversia, sus propias conclusiones. Se toma también conocimiento de los errores y de las falencias en métodos, doctrinas y terapéuticas. Se esbozan las posibilidades para el futuro. Y toda esta tarea didáctica no es ya patrimonio exclusivo de un determinado conferencista. La conferencia magistral y los temas libres van dejando paso a simposios y mesas redondas. En ellos cada uno expone su pensamiento, no lo impone. La mesa redonda trata de buscar casi siempre en sus conclusiones un pensamiento que se acerque a la síntesis unitaria de lo expuesto por cada uno de sus integrantes.

La docencia del Congreso permite captar en pocas horas, lo que llevaría días o semanas de lectura y meditación.

No debe tampoco olvidarse que la acción didáctica se ensancha y afirma cuando se suman las experiencias y estadísticas de diferentes países.

Hay otro aspecto que debe destacarse: la prevención de las afecciones cardiovasculares. Cada país tiene problemas diversos en sus

respectivas poblaciones cardíacas, que es útil conocer. Esta visión panorámica facilita la tarea de la Sociedad Internacional de Cardiología, cuyos comités científicos proponen y aconsejan, en colaboración con la Organización Mundial de la Salud, los programas para la prevención y tratamiento de las enfermedades del aparato cardiovascular. De ahí deriva el interés social de los congresos, tanto en el orden nacional como internacional.

Debe enfatizarse que sólo una acción coordinada con el apoyo moral y económico de todos los gobiernos hará más útil la lucha contra las enfermedades del aparato circulatorio. Como en esta tarea no debe quedar marginada ninguna participación, se ha creado la Federación Internacional de Cardiología, que agrupa a las Fundaciones que en cada país colaboran recogiendo fondos a invertirse en programas de investigación y prevención. La Sociedad Internacional de Cardiología, y la Federación, están tratando de aunar mejor sus esfuerzos. Una posibilidad es la de modificar los estatutos de la S.I.C. para permitir la incorporación de la Federación. La primera seguiría con sus funciones específicas y la segunda sería su brazo económico. Esta y otras alternativas sobre el futuro de la S.I.C. serán ampliamente debatidas durante el VII Congreso Mundial de Cardiología a realizarse en Buenos Aires.

Al margen de las resoluciones que se adopten, es evidente la preocupación constante de la comunidad mundial de cardiólogos, que sigue trabajando con ahínco para estimular la investigación clínica y experimental, los estudios epidemiológicos y el perfeccionamiento de sus miembros.

Esta preocupación que revela una constante renovación en la vida de la S.I.C. da vigencia permanente a su obra y afianza la necesidad de los congresos mundiales, que juzgan lo realizado y proyectan para el futuro, tratando de ser útiles al hombre, a su civilización y a su cultura.

Se ha señalado el interés didáctico de los congresos. Pero cabe preguntarse si en 1974, con el avance de los medios de difusión, la rapidez de las comunicaciones y la televisión, los congresos multitudinarios no han perdido actualidad. Cada día resulta más difícil albergar a miles de especialistas. Encontraremos dificultades. Las tenemos ya en Buenos Aires.

Además la docencia proyectada a grandes masas de concurrentes obligará sin duda al empleo de medios masivos de comunicación. Todo ello nos lleva a discurrir sobre cuál será en el devenir la suerte que correrán los congresos de este tipo. Posiblemente su destino siga paralelo a la evolución de nuestra cultura. Ya se han producido y se siguen produciendo cambios. Los organizadores han roto con las programaciones de hace un cuarto de siglo. Se han incorporado reuniones para grupos muy especializados; decenas de sesiones para sectores poco numerosos, interesados en tópicos determinados; hay otras con un máximo de veinte participantes, donde se intercambian ideas y se dialoga en un mismo nivel con un gran maestro sobre un tema específico; se han incorporado reuniones para divulgar una patología que concierne a distintos países que incluyen al que ocupa la sede del Congreso; y se continúa con las sesiones de los grandes temas cardiológicos que interesan a la mayoría. Es en este último aspecto donde se plantea el problema de cual es el mejor medio educativo para grupos excesivamente numerosos. Sólo el tiempo y la experiencia acumulada, como dijimos antes, irá fijando las pautas de las transformaciones.

Hay otro hecho significativo que debe elogiarse en estos encuentros internacionales: se estrechan los vínculos de viejas amistades y se generan vasos comunicantes que van creando otras nuevas. El gran maes-

tro Frank N. Wilson solía decirnos, hablando de los congresos que se celebraban en Estados Unidos, que él concurría sólo a dos por año. Le interesaba, del programa científico, un solo tema, pero sabía que iba a encontrar indefectiblemente a dos viejos amigos: Samuel Levine y William Dock.

Nosotros veremos también muchas caras amigas, que el tiempo, siempre inexorable, habrá ido modelando con rasgos inéditos pero que serán semejantes a los que modelan nuestro semblante de hoy. Esta felicidad, que nace del reencuentro, es quizá una de las emociones más auténticas que se vive en los Congresos.

Aspiramos a que nuestras jóvenes generaciones argentinas de cardiólogos encuentren, en la semana de setiembre, tiempo suficiente para crear nuevos lazos de amistad con nuestros huéspedes. Acrecerá así en el mundo no sólo el avance científico, sino la gran familia cardiológica, aquella a la que aspiraba Paul D. White. Esa gran familia internacional, trabajando por el bienestar del hombre y la paz universal. Por eso muchos países propusieron en dos oportunidades a Paul D. White para el premio Nobel de la Paz. Y la antorcha que este hombre genial levantó, sigue marcando nuestro derrotero.

El Congreso se avecina. Sólo deseamos señalar, en nombre del Comité Organizador que componen miembros de la Sociedad Argentina de Cardiología y de la Federación Argentina de Cardiología, que hemos puesto lo mejor de nuestros esfuerzos y de nuestra capacidad para que este evento tenga el mismo nivel científico que los anteriores. El programa social ha contado con la eficiente y responsable colaboración de la Comisión de Damas. Hemos tratado de hacer las cosas bien. A la perfección, sólo es posible acercarse. Seguramente se ha incurrido en errores y omisiones. Pero también debe saberse que hemos tratado de transitar por el camino más justo de acuerdo a los dictados de nuestra conciencia y de nuestro saber.

Nuestra fe en el éxito de este Congreso es la misma que tuvimos en 1970 al proponer a la República Argentina como sede. Y hoy, en víspera de la inauguración, la comunidad cardiológica argentina amalgama los últimos esfuerzos, para que el honor que se nos confirió en Londres se reafirme en la gran jornada que tendrá lugar en Buenos Aires.

Dr. Francisco J. Romano

Presidente del
VII CONGRESO MUNDIAL DE CARDIOLOGIA